



UN THRILLER
DE AMOR, MISTERIO Y SUSPENSO



G I M A E L Y S

GRULLA

ATENTADO TERRORISTA

CONTENIDO

[Título](#)

[Dedicatoria](#)

[Proemio](#)

[Capítulo 1 - Étienne](#)

[Capítulo 2 - Étienne](#)

[Capítulo 3 - Caleb](#)

[Capítulo 4 - Étienne](#)

[Capítulo 5 - Étienne](#)

[Capítulo 6 - Caleb y Vincent](#)

[Capítulo 7 - Étienne](#)

[Capítulo 8 - Vincent](#)

[Capítulo 9 - Étienne](#)

[Capítulo 10 - Caleb](#)

[Capítulo 11 - Alessandro](#)

[Capítulo 12 - Caleb](#)

[Capítulo 13 - Étienne](#)

[Capítulo 14 - Alessandro](#)

[Capítulo 15 - Étienne](#)

[Capítulo 16 - Caden](#)

[Capítulo 17 - Étienne](#)

[Capítulo 18 - Alessandro](#)

[Capítulo 19 - Caden](#)

[Capítulo 20 - Alessandro](#)

[Capítulo 21 - Étienne](#)

[Capítulo 22 - Caden](#)

[Acerca de la autora](#)

GRULLA

GI MAELYS

2018 © Todos los derechos reservados

Diseño de portada realizada por Pedro
Tarancón

ESTE LIBRO ESTÁ DEDI- CADO

A

*mis lectores,
que sin ellos nada de esto sería posible,*

a

*mis amigos,
que siempre estarán dispuestos a leerse lo que escribo,*

a

*mis hermanos,
que de no ser por ellos, esta idea jamás habría salido a la luz,*

a

*Pablo Poveda (El escritor fantasma)
que con sus consejos y experiencia me hizo recordar lo bueno que es escribir,*

a

*Pedro Tarancón
por tan impresionantes portadas,*

y,

*especialmente a
mi hermano,
quien alguna vez soñó que destruía al mundo.*

*Y ustedes ciertamente me llamarán
y vendrán y me orarán,
y yo ciertamente les escucharé.*

Jeremías

Proemio

Si me pagaran por cometer suicidio, aceptaría, sin duda. Valdría el riesgo.

Suicidio, un término relativo, abstracto y a la vez tan vivo. Poco relacionado a él pese a apropiarme de la vida de otros; y a la vez, bastante familiarizado con el último suspiro de un criminal.

Último suspiro, el concepto me terminó por seducir.

Suicidio, pensé. Daño al propio ser, daño letal, muerte y vida, ¿salvación?

* * *

Sentí una fuerte punzada al corazón. La noticia de su muerte me había caído como balde de agua fría en pleno invierno. Ahora comprendía lo que ella había significado para mí, aunque no sabía si así era precisamente como debía sentirse. Quiero decir, haber perdido a alguien que logré apreciar más de lo que creí llegar a hacer, me mantenía en constante conflicto. No había noche en la que consiguiera apartar mi mente de aquella nebulosa de ideas, haciéndome preso de lo que pude o no pude dejar de hacer para salvarla y salvarlos.

No mentiré, me fastidiaba aún no saber nada sobre Alessandro: El Artista Sangriento.

Me enfurecía pensar que seguía ahí, pululando por la ciudad o cualquier otro estúpido lugar en el mundo. Escondiéndose, burlándose a mis espaldas por no haberle encontrado.

¿En dónde estaba? Aún no lo sabía.

¿Qué quería de mí? Tampoco lo sabía.

Pero algo estaba claro: Alizee no existía más, había muerto por mi culpa. La había dejado expuesta ante un se-

rial difícil de encarar, y él, aprovechando la situación, la asesinó sin piedad.

«El Artista Sangriento sigue vivo.»

Leí sobre la plantilla del periódico internacional.

Detallaban el escenario con tal frialdad, y es que así lo había hecho él, ese era su *modus operandi*.

Luego de mi triste y patética huida, el mundo tomó nuevo significado. Me parecía más sombrío...

Salí de la ciudad inmiscuyéndome en un lugar bastante alejado, donde nadie me conocía y donde ninguno de los que había dejado atrás pudiera llegar a encontrarme. Un sitio apetecible, parsimonioso y algo estable. Con los típicos crímenes de menor grado, nada más allá de un asalto — eso, si se dejaban de lado aquellas épocas en las que el país había tambaleado como nunca en su historia—. En su momento, había llegado a ser una nación con un pasado que nadie deseaba volver a reavivar... muchos casos sin resolver sucedieron después de aquel terrible incidente.

Aquello lo convertía en el lugar perfecto para pasar desapercibido.

Se trataba de un pueblo situado a quince minutos de la capital. Disfrutaba de la estancia, con mi nuevo nombre de pila: Caleb.

Así se detallaba en mis documentos falsificados.

Toda una nueva historia me acompañaba, el pasado había quedado atrás, aunque olvidarme de los crímenes de Alessandro y de la desaparición de Adryen, no me sería fácil. Eran cabos sueltos que debía resolver a como diera lugar.

Ahora investigaba por mi propia cuenta el paradero de aquel criminal. La mente comenzaba a fallarme, algunos lapsos de tiempo me eran difíciles de recordar, se habían hecho visibles un par de días atrás, luego de un mes de mi pronta huida para evitar ser capturado por la policía. Podía empeorar, lo intuía. Y eso me animaba a encontrar a por lo menos, uno de ellos.

Así fue como conocí a Étienne.

Un joven de origen francés, con amplio dominio del español como segunda lengua. Además, era un detective entrenado. Trabajaba por su cuenta, aunque pertenecía a la fuerza policial. Había pasado de ser oficial a agente de la ley y, hasta hace un par de años, promovido a detective de casos abiertos.

Era un tipo cojonudo, de apariencia fornida, corpulento, tenaz y muy perspicaz. Aceptó tenerme en su actual investigación, sin paga, pero qué más daba, tenía una cuenta en el banco, suficiente como para mantenerme vivo hasta dar con Adryen.

No pude hablarle sobre él o Alessandro, pero su nuevo proyecto despertaba interés en mí, una especie de intuición me indicaba que podía tratarse de algo bueno. Un caso sin concluir que al parecer ahora se repetía.

Además, el país atravesaba por una fuerte crisis, en las últimas semanas los noticieros no habían parado de hablar sobre un fuerte suceso ocurrido en las afueras de la capital.

La sociedad estaba consternada y el alarmante espectáculo llamaba a mi puerta. No podía dejar de pensar en ello como una buena manera de pasar página, e inmiscuirme en la resolución del caso.

1

Étienne

Otoño, la estación perfecta para deshacernos de todos los males, de todo aquello que ya no nos sirve. Tal como las hojas de los árboles, cayendo una a una sin oportunidad alguna de mantenerse firmes. Ya bastante desganadas y sin fuerza para aferrarse a la vida. Su ciclo había concluido, algo nuevo les esperaba. En la vida es igual, llega un momento en el que es necesario dejar ir toda aquella maleza y centrarnos en mejores oportunidades. Las relaciones tóxicas afectan a cualquiera, y un cambio de aires, es justo lo que necesitamos.

Otoño es el momento adecuado para abandonar los malos hábitos, dejar la parsimonia atrás y prepararse para espabilarnos un poco. Después de todo, mi otoño en el periodo de la vida, aún no llega.

El viento soplaba a mí alrededor, dejando a relucir la caída de algunas pequeñas hojas marrones. Una de ellas reposó sobre las páginas del periódico que sostenía entre las manos. Era día de descanso y estaba disfrutando de una suntuosa tarde en el parque. Con la gente caminando alrededor, algunos cerca del lago y con un par de críos cuidando de sus mascotas, era como intentaba mantener la atención sobre aquellas letras, aunque, a decir verdad, comenzaba a parecerme una actividad difícil. Tanto murmullo impedía la solidificación de mis pensamientos.

Quitó la hoja caída y cerró el periódico. Lo dobló por la mitad situándolo a un costado y me crucé de brazos, con los pies extendidos, mirando hacia el horizonte. Justamente este lugar me recordaba a lo mucho que me gustaba volar cometas cuando era un chaval, o cómo solía perseguirlas cuando no tenía ninguna. Me encantaba correr y fingir que era yo el que las elevaba. Justo en un parque como este. Ah, como habían cambiado las cosas. Ya no perseguía cometas, ahora iba tras criminales que, a falta de evidencia,

habían quedado como el típico caso sin resolver. Un lugar con pocos crímenes, pero con muchos sin concluir, con un pasado sombrío. Mi trabajo, resolverlos.

Eso era lo que hacía, era detective de casos abiertos. Podía trabajar a nivel nacional según el caso designado. Con la ayuda que me apeteciera e incluso con elección a horario flexible. La mayoría de ellos eran a mi selección, buscaba alguno en los archivos, a veces por intuición y otros más por relevancia. De cualquier manera, alguien debía enfocarse en ellos. ¿No es así?

Hacía no mucho que había llegado aquí, un mes tal vez. La noticia de un atentado terrorista fue lo que impulsó a mis superiores para acudir al sitio. El hecho no tuvo mayor relevancia para la policía local.

El culpable había muerto en el acto, llevándose consigo a poco más de cincuenta personas. Todos ellos concentrados en una fábrica de alimentos. El tipo había detonado la explosión en una fábrica de alimentos, con bombas en puntos fijos. Y él, con una más adherida al plexo solar.

Ingresó al sitio sin mayor problema, era el inspector de sanidad.

Nadie se percató de los planes que tenía, era la típica jornada laboral, todos enfocados en sus deberes, su visita significaba un chequeo más, nada fuera de lo normal, aunque para los pocos sobrevivientes, significó la clara señal para abandonar su trabajo y dedicarse a otra cosa.

La policía no hizo más que darlo por terminado, se trataba del primer atentado —en años—, que la comunidad vivía. Y, a decir verdad, esperaban que fuera el único. No los culpo, la experiencia de los eventos anteriores ahora los mantenía en desasosiego.

El inspector había muerto, caso cerrado. No existía razón para continuar con la investigación. Tan solo quedaba en la memoria de los afortunados que continuaban con vida, y de los nativos, por supuesto.

Lo alarmante para mis superiores y para mí, fue que parecía tratarse de un evento realizado tiempo atrás. Aunque las cosas no estaban muy claras, había que rescatar todo dentro de los archivos y disipar las dudas respecto a una posible recreación.

Esa era la razón por la que estaba aquí, y la razón por la que requería de un nativo del lugar. Alguien que me ayudara a esclarecer los hechos, que para bien o para mal, también se dedicaba a lo mismo que yo, solo que de manera privada.

Indignado ante tal acontecimiento y con las ideas revoloteando sobre mi cabeza, fue como decidí levantarme de aquel banco de madera en el que me encontraba, demasiada gente comenzaba a llegar, y yo empezaba a exasperarme. Además, se hacía tarde. Había quedado con Caleb.

Lo vería en menos de cinco minutos en el café del centro. Una cuadra a mi derecha. Estableceríamos las pautas para trabajar y descartar otro posible atentado. Aunque él aún no sabía sobre mis planes, le había fastidiado diciéndole que no podía trabajar conmigo.

En el local había menos murmullo que en el parque, o tal vez era que el bullicio había sido generado por la estremecedora noticia matinal; o por los niños que ya no gritaban ni jugaban por los alrededores, emocionados por darles de comer a los animales o por volar sus cometas.

La tarde familiar de la que ellos disponían, para mí se había convertido en días de trabajo. Aun cuando fuera descanso, porque cuando menos me daba cuenta, ya estaba absorto en él. Quisiera o no, ya formaba parte mí. Lo único que quedaba era disfrutarlo y llevarlo bien.

Busqué una mesa apartada del resto, aquella en la que el sol no pegaba y en la que el viento apenas se sentía. Tomé lugar en una de las sillas y saqué el periódico que había intentado leer. Ahora era el momento. El ambiente era apacible, perfecto para continuar con la lectura mientras esperaba por la llegada del detective.

Hojeé el periódico hasta la sección en la que me encontraba, estaba cerca de finalizar el apartado nacional cuando el camarero se acercó a pedir la orden. Sostenía una libreta de notas y un bolígrafo en la mano derecha.

—Un exprés doble, por favor —pedí al joven, quien registró a toda prisa para luego retirarse. Un chico débil, atento y enfocado en su trabajo. Parecía ir y venir en lo que iba de la mañana, pero el cansancio no se le notaba en lo más mínimo. Debía ser por su mocedad.

Frente a mí, gran parte de las mesas continuaban vacías. El aspecto veraniego del lugar —aun siendo otoño—, acompañado de algunos arbustos, los muebles marrones situados al aire libre y el olor del café daban la sensación de disfrutar de un buen encuentro, estuviera uno solo o acompañado, el lugar era maravilloso, especialmente en la terraza sobre la que me encontraba. Tranquilo desde cualquier punto de vista.

Sobre mi esquina tenía el panorama perfecto para ver ingresar a la gente o en su defecto, para vislumbrar a aquellos transeúntes por las calles. Con el periódico extendido frente a mí, me dispuse a continuar con la lectura.

—Aquí estás. Te has dejado crecer la barba. —Me sorprendió al llegar—. Te sienta bien —soltó al tiempo que tomaba asiento sobre la silla disponible.

Él era tan alto como yo, algunos años más joven, pero con el mismo ímpetu e interés por resolver crímenes.

Hacía un par de días que no lo veía, lo suficiente como para dejar a relucir mi barba de tres días.

Lo había conocido una tarde, en medio de una fila para adquirir una gaseosa. En la feria del pueblo. Bastante multitud concentrada en aquellos días. Época de consumo y tiempo para disfrutar con la familia o con los amigos.

Desde afuera, el ambiente parecía ser armónico, lo suficientemente bueno como para adentrarme a aquel sitio y dejarme llevar por la embriaguez del momento.

Las carpas a lo largo del pasillo principal llenas de juguetes, juegos y alimentos me guiaron hasta aquella fila.

Era mi primera semana en la zona, me habían afirmado que la feria podía ser buena opción para conocer a la localidad, no se equivocaban, gran cantidad de personas iban y venían de un lado a otro, contando sus experiencias e incluso recordando los eventos de las últimas semanas. Claro, no era algo que se viviera con frecuencia, pero sí que les hacía recordar un pasado sombrío.

—Seguro, un par de chicas lo respaldan. —Bromeé al tiempo que alzaba la vista. Su pelo había crecido desde la última vez y de aquella cicatriz que tenía sobre la cabeza, ahora ya quedaba poco o casi nada—. ¿Cómo vas con tu investigación? —inquirí despejando mis pensamientos.

El mesero llegó con mi orden, una taza de café ahora reposaba frente a mí.

Caleb lo observó con meticulosidad, evaluando su reacción y deteniéndose en las manos del chico, luego volvió su vista hacia el rostro y aprovechó su llegada para pedir un café americano.

—No hay mucho que decir... me está costando trabajo obtener información... —mencionó una vez el mesero se hubo retirado.

—Tal vez si me dejaras... —intervine olvidando cuestionar sobre su actitud ante el chaval.

—No. —Se apresuró a responder—. No es necesario. Tan solo necesito algo de distracción... un caso nuevo. —Me miró nuevamente, tratando de convencerme de dejarle trabajar conmigo—. He estado muy enfocado en lo mío, bastante que comienzo a creer que tanto de eso no me está llevando a nada...

Volví mi atención hacia aquellas hojas de papel, lo mejor era ignorarle, o tal vez aceptar su apoyo de una vez por todas, porque no se rendía, no podía dejarlo. En serio quería ayudar, distraerse y enfocarse en algo más.